

Libros de Richard Overy  
en Tusquets Editores

TIEMPO DE MEMORIA

Interrogatorios  
El Tercer Reich en el banquillo

Por qué ganaron los Aliados

Dictadores

La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin

Al borde del abismo  
Diez días de 1939  
que condujeron a la guerra mundial

FÁBULA

Dictadores

La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin

Richard Overy

Dictadores

La Alemania de Hitler  
y la Unión Soviética de Stalin

Traducción de Jordi Beltrán Ferrer

F Á B U L A  
TUSQUETS  
EDITORES

Overy, Richard  
 Dictadores : la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin . - 1a ed. - Buenos Aires :  
 Tusquets Editores, 2012.  
 896 p. ; 21x14 cm. - (Fábula; 310)

Traducido por: Jordi Beltrán Ferrer  
 ISBN 978-987-670-120-4

1. Historia Universal. I. Jordi Beltrán Ferrer, trad. II. Título  
 CDD 909

Título original: *The Dictators. Hitler's Germany and Stalin's Russia*

1.ª edición en colección Tiempo de Memoria: noviembre de 2006

1.ª edición en colección Fábula: octubre de 2010

1.ª edición argentina en colección Fábula: septiembre de 2012

© Richard Overy, 2004

© de la traducción: Jordi Beltrán Ferrer, 2006

Diseño de la colección: adaptación de FERRATERCAMPINSMORALES  
 de un diseño original de Pierluigi Cerri

Ilustración de la cubierta: perfiles de Iosiv Stalin, © Bettmann/CORBIS/COVER,  
 y de Adolf Hitler, © CORBIS/COVER.

Reservados todos los derechos de esta edición para  
 Tusquets Editores, S.A. - Venezuela 1664 - (1096) Buenos Aires  
 info@tusquetseditores.com.ar - www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-987-670-120-4

Hecho el depósito de ley

Se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2012 en Artes Gráficas Delsur

Almirante Solier 2450 - Sarandí - Pcia. de Buenos Aires

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación  
 pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los  
 derechos de explotación.

Índice de cuadros y mapas .....	9
Mapas .....	10
Abreviaturas .....	21
Prefacio .....	25
Introducción: Dictaduras comparadas .....	29
1. Stalin y Hitler: caminos a la dictadura .....	39
2. El arte de gobernar .....	93
3. Cultos a la personalidad .....	137
4. El Partido-Estado .....	171
5. Estados de terror .....	215
6. La construcción de la utopía .....	259
7. El universo moral de la dictadura .....	323
8. Amigo y enemigo: respuestas populares a la dictadura .....	363
9. Revoluciones culturales .....	409
10. La dirección de la economía .....	453
11. Superpotencias militares .....	503
12. Guerra total .....	547
13. Naciones y razas .....	607
14. El imperio de los campos .....	675
15. Conclusión: Dos dictaduras .....	719
Apéndices	
Bibliografía .....	737
Notas .....	779
Índice onomástico y toponímico .....	877

*Ilustraciones* ..... [289-304] [617-632]

## Conclusión Dos dictaduras

Las grandes ilusiones hechizan a la gente. La hipnotizan y le impiden ver lo que sucede realmente a su alrededor. Por todos lados imperan la ferocidad y la matanza. La gente no se da cuenta y cree que mañana la revolución traerá no sólo abundancia, sino también las bienaventuranzas del paraíso para todos. Por todos lados la moralidad se desmorona, la licencia, el sadismo y la crueldad están en todas partes... las masas lo llaman regeneración moral.

Pitrim Sorokin, 1967.<sup>1</sup>

El intérprete soviético Valentín Berezhkov se encontraba trabajando en Berlín en la primavera y el verano de 1940 como miembro de la comisión enviada a supervisar las entregas de tecnología alemana a la Unión Soviética, de conformidad con el acuerdo comercial que las dos dictaduras habían firmado poco antes. Le sorprendía la familiaridad de lo que le rodeaba: «La misma idolización del "líder", las mismas concentraciones y desfiles de masas... Arquitectura ostentosa, muy parecida, temas heroicos representados en el arte como en nuestro realismo socialista... un masivo lavado ideológico de cerebro».<sup>2</sup> Observaba la adulación de las multitudes alemanas cuando Hitler les dirigía la palabra y recordaba a Stalin de pie en el estrado, en el mausoleo de Lenin, saludando a las columnas de comunistas entusiastas que desfilaban ante él. Sin embargo, era una comparación, según recordaría Berezhkov, que en aquel tiempo no podía hacer, «ni siquiera en mi fuero interno». Era muy consciente del abismo que separaba las dos dictaduras. Stalin quería que el pueblo soviético construyese un futuro socialista «en el que todas las personas serían iguales y felices». Hitler estaba empeñado en crear «el imperio de la raza superior» y quería que su pueblo la construyese a partir de «la mortandad de la guerra».<sup>3</sup>

Esta diferencia continúa siendo fundamental. Pese a las similitudes en el ejercicio de la dictadura, en los mecanismos que unían al pueblo

y al gobernante, en la notable congruencia de los objetivos culturales, las estrategias de gestión económica, las aspiraciones sociales utópicas, incluso en el lenguaje moral del régimen, las metas ideológicas declaradas eran tan distintas como las diferencias que dividían a católicos y protestantes en la Europa del siglo XVI. La breve popularidad de la idea del «nacionalbolchevismo» que floreció en los años veinte tal vez hubiera salvado el abismo entre las dos ideologías, pero no atrajo a ninguno de los dos dictadores.<sup>4</sup> Stalin, a pesar del terrible coste de perseguir el paraíso socialista, sostuvo durante toda su dictadura que luchaba por el triunfo mundial de los desfavorecidos y explotados, incluso mientras la abrumadora mayoría de su pueblo sufría regimentación política y privaciones económicas. Hitler, a pesar de los millones de compatriotas muertos, mutilados y convertidos en víctimas, siguió estando convencido hasta el final mismo en 1945 de que había valido la pena luchar por un imperio racial ideal. Lo que unía a los dos sistemas era la distancia permanente que seguía habiendo entre el ideal y la realidad, y los instrumentos comunes que usaron para disimular las tergiversaciones de la verdad.

El punto de partida de toda comparación consiste en tratar de responder a la pregunta de por qué, en los años que siguieron a la primera guerra mundial, surgieron dos formas extremas de dictadura que gozaban de amplio apoyo popular y cuyos líderes predicaban la idea de una comunidad holística y exclusiva, unida colectivamente en la persecución de una utopía absoluta. Ninguno de los dos sistemas era una abstracción; ninguno fue impuesto por fuerzas externas. Las dos dictaduras fueron fruto de una cultura política y un entorno social determinados, y no aberraciones históricas inexplicables. Fueron también únicas. Ningún Estado europeo moderno había intentado —ni tenía los medios necesarios para ello antes de 1914— controlar o supervisar toda la producción cultural, dirigir la economía, regimentar la sociedad, definir los parámetros de la vida privada y los términos del comportamiento público. La primera guerra mundial dio lugar a los primeros esfuerzos (limitados) por dirigir sociedades enteras y organizar su economía y su cultura, pero a una escala que no podía compararse con la de los intentos que hicieron las dictaduras de la posguerra, incluida la de Mussolini, que fue la primera en dar a luz, en los años veinte, el término «totalitarios» para referirse a sistemas que abarcaban a toda la sociedad.

Puede que una de las respuestas a la cuestión más amplia de las raíces del holismo político esté en lo que Tzvetan Todorov llamó «el culto de la ciencia». La creencia confiada de que la ciencia podía com-

prender y luego transformar la condición humana estuvo muy extendida a partir de mediados del siglo XIX.<sup>5</sup> Las pretensiones del «cientificismo» (aunque no de la ciencia como tal) podían destilarse en la creencia de que la sociedad debía organizarse en torno a principios científicos objetivos y que esos principios eran exclusivos y monísticos. Los individuos importaban poco, pero el organismo social importaba mucho. El discurso científico popular tenía connotaciones marcadamente utópicas. Se esperaba de la ciencia que resolviera los problemas del mundo real por medio de la planificación, la reforma médica, la eugenesia, la ingeniería social y la innovación técnica.

La fe en la ciencia no producía necesariamente dictadura, aunque sus discípulos poseían una fuerte predisposición a ver la ciencia en términos autoritarios. Pero sí había argumentos científicos debajo de la ideología política y las aspiraciones sociales de las dos dictaduras, la soviética y la alemana. El primer culpable fue el marxismo, con su visión de una utopía sociológica enraizada en la aplicación de la moderna ciencia económica y social. Las pretensiones del socialismo científico, que fue fruto de la labor de Friedrich Engels tanto como de la de Karl Marx, se apoyaban en la creencia de que las leyes del desarrollo económico producían forzosamente las condiciones para un sistema social único basado en la abolición de las clases y la apropiación de la propiedad para su uso social. Sus pretensiones eran totales, ya que la sociedad comunista no sólo lo abarcaría todo, sino que al mismo tiempo erradicaría todas las manifestaciones de conciencia social «falsa» por medio de lo que Marx (y, con mayor fuerza, Lenin) llamó «la dictadura del proletariado». El desarrollo social, según Marx, producía una forma de absolutismo moderno a la vez que prometía una emancipación social total, paradoja que estaba en el centro de la dictadura estalinista.

Las raíces científicas de la dictadura alemana se encontraban en las ciencias biológicas. La formulación de una biología social popular a finales de siglo XIX, asociada con la labor de Ernst Haeckel y sus numerosos discípulos, construyó una cosmovisión basada en preservar la raza o nación como «especie» pura y exclusiva, y aplicar reglas rigurosas para gobernar su salud y su fuerza a largo plazo. Hitler estaba familiarizado con las teorías raciales de Ludwig Woltmann, cuyo libro *Antropología política*, publicado en 1903, reaparece bajo una forma científica vulgar en *Mi lucha*.<sup>6</sup> Woltmann y otros entrelazaron la idea de la higiene racial con la ciencia evolucionista más convencional afirmando la inevitabilidad de la lucha racial como la realidad histórica fundamental, en la que los marxistas veían la lucha de clases. El resul-

tado final fue una utopía biológica cuyas pretensiones holísticas se basaban en la preservación de la especie y su autoritarismo derivado de la despiadada intervención médica necesaria para preservar la reserva genética.

La importancia de estos imperativos científicos para explicar las pretensiones de ambas dictaduras en el sentido de que estaban creando una comunidad orgánica protegida de la contaminación social o racial ha sido uno de los temas fundamentales del libro. La ciencia ayuda a explicar la naturaleza absoluta de las comunidades colectivistas y los extremos grotescos a los que llegaron las dos para extirpar a los elementos que se consideraban parias sociales o raciales. Pero la ciencia sola no explica por qué la dictadura surgió en un momento y un lugar determinados, aunque proporciona un marco para comprender sus esfuerzos denodados por alcanzar la perfección científica. Las dos dictaduras representaban el fruto de un rechazo profundo, en Alemania y Rusia, del concepto liberal y occidental del progreso, con su énfasis en la soberanía del individuo, las virtudes de la sociedad civil y la tolerancia de la diversidad. Los marxistas rechazaban la era liberal-burguesa porque, a su modo de ver, representaba de forma manifiesta los intereses exclusivos de las clases poseedoras. Los nacionalsocialistas la rechazaban porque producía antagonismo social, fomentaba el empobrecimiento de la raza en las extensas e incontroladas ciudades industriales y conducía a un culto exagerado del egoísmo económico. Es importante comprender hasta qué punto el liberalismo moderno o los conceptos de la virtud cívica carecían de importancia a ojos de Stalin y Hitler en los comienzos de sus respectivas carreras políticas, uno embarcado en la subversión violenta de una monarquía autoritaria y muy iliberal, el otro obsesionado por la lucha nacional y la higiene racial. La guerra y la revolución, comadronas de su cosmovisión, destruyeron las pretensiones liberales sobre la naturaleza del devenir histórico. Los valores liberales nunca frenaron a ninguno de los dos políticos cuando estaban en el poder; eran considerados intrínsecamente pruebas de la debilidad política y la fragmentación social de una era pasada.

El antiliberalismo que expresaban ambos dictadores, así como los movimientos a los que representaban, formaba parte de una interpretación más amplia de la evolución de la historia del mundo. Cada uno a su manera, tanto Stalin como Hitler, se veían a sí mismos como actores en un extraordinario drama histórico. Cada uno de ellos argüía que su dictadura representaba un punto de inflexión fundamental en la historia del mundo moderno. Stalin defendía la Revolución como

acontecimiento importantísimo que amenazaba con debilitar y luego trascender toda la era burguesa, que había nacido, como arguyera Marx, en la Revolución francesa. En un artículo que publicó *Pravda* con motivo del décimo aniversario de la Revolución, Stalin escribió que octubre de 1917 fue «una Revolución de orden mundial internacional» que significó nada menos que «un giro radical en la historia mundial de la humanidad». Stalin comparó la sacudida que los jacobinos dieron a la aristocracia después de 1789 con la sacudida del bolchevismo, «que provoca horror y odio entre los burgueses de todos los países». <sup>7</sup> Stalin quería completar la destrucción de la etapa burguesa de la historia, como había predicho la ciencia económica de Marx. La alternativa era impensable para Stalin, y para todos los demás bolcheviques. «Entre nuestro Estado proletario y todo el resto del mundo burgués», escribió Mijaíl Frunze, el predecesor de Voroshilov en el cargo de comisario para el Ejército Rojo, «sólo puede haber un estado de larga, persistente y desesperada guerra a muerte.» <sup>8</sup> Esta sensación sobrecogedora de ser de algún modo responsables del destino de los desposeídos y los explotados del mundo era una pesada carga histórica. Los líderes soviéticos actuaban como si el peso del devenir histórico recayera sobre ellos y justificaban sus actos mediante la reiteración constante de la naturaleza intransigente del cambio histórico y la naturaleza histórica mundial de su misión.

El nacionalsocialismo también era considerado como un fenómeno histórico mundial que actuaba para detener la marea de cambio histórico que había producido el marxismo y la Revolución y rescatar a Europa de la mayor crisis a la que se había enfrentado desde por lo menos la Revolución francesa. En un libro que escribió en 1938, Hans Mehringer celebró que el movimiento hubiera logrado producir un histórico «punto de inflexión» contra la larga marcha desde 1789 hacia el «bolchevismo, el nihilismo y la anarquía». Mehringer pensaba que el movimiento cambiaría las circunstancias mismas de la vida en Europa y daría «sentido a la existencia durante siglos». <sup>9</sup> Muy al principio de su carrera, Hitler tuvo extraordinarios delirios de grandeza histórica al casar su destino personal con la marcha de la historia de Alemania. En 1936, en el memorando sobre el futuro geopolítico de Alemania, esbozó términos que reflejaban exactamente los de Stalin: «Desde el estallido de la Revolución francesa el mundo ha estado avanzando con creciente rapidez hacia un nuevo conflicto cuya solución más extrema es el bolchevismo». Hitler albergaba la esperanza de que este conflicto lo ganase Alemania, que lucharía por todo el legado de la Europa civilizada; de lo contrario, el mundo experimentaría «la catástrofe más

horripilante desde la caída de los Estados de la antigüedad». <sup>10</sup> En el congreso del Partido en 1934 dijo a los delegados que el movimiento nacionalsocialista se enfrentaba a la Revolución francesa y su legado de «dogma internacional-revolucionario» que durante ciento cincuenta años habían difundido intelectuales judíos. <sup>11</sup> También esto era una pesada responsabilidad histórica. «No considero esto como una tarea agradable», escribió Hitler en su memorando, «sino como un serio obstáculo y una carga para nuestra vida nacional.» <sup>12</sup> Estos sentimientos, no obstante, daban tanto al comunismo soviético como al nacionalsocialismo una sensación hinchada de su propia importancia. Los dictadores podían apelar a poblaciones que también tenían la sensación de estar haciendo historia, junto con sus líderes.

Las ambiciones colectivistas de ambas dictaduras las definían estos impulsos diversos. La ciencia les daba una legitimidad racional, de acuerdo con las pretensiones fundamentales de los científicos sobre las posibilidades para el futuro de la sociedad moderna. La historia demostraba la necesidad de una transformación revolucionaria de las condiciones de la existencia ante una modernidad capitalista perjudicial y reforzaba la legitimidad nacida de la ciencia. La revuelta antiliberal y antihumanista liberó a las dictaduras de los escrúpulos morales convencionales y sancionó su distintiva perspectiva moral antiindividualista. Los sistemas resultantes eran exclusivos, lo abarcaban todo y eran absolutos desde el punto de vista moral. Eran comunidades que los partidos que las construyeron consideraban sacrosantas, lo cual explica por qué eran tan obsesivas en relación con cualquier ruptura, por trivial o benigna que fuese, del organismo unitario. No puede haber otra explicación del hecho de que los censores locales en la Unión Soviética buscaran señales de subversión en todas las páginas impresas que se producían, incluso entre obras escritas en nombre del Partido Comunista mismo. Los esfuerzos desesperados de la Gestapo por localizar hasta el último superviviente judío en Alemania, incluso publicando instrucciones detalladas sobre cómo se detectaban los tabiques falsos y las trampillas ocultas, no se entienden sin el exagerado holismo del sistema. <sup>13</sup>

La descripción convencional de ambos sistemas se ha centrado en el carácter riguroso de la represión estatal como prueba de su poder ilimitado. En realidad, era una expresión de debilidad. Ambas dictaduras estaban imbuidas de profundos temores e incertidumbres. En cada una de ellas se presentaba el «enemigo» como si disfrutara de poderes extraordinarios que eran secretos, subversivos y socialmente corrosivos. En la Unión Soviética de los años veinte se consideraba

que el enemigo «enmascarado», escondido en el aparato del Partido, era la mayor amenaza a la que hacía frente el régimen; en la Alemania nacionalsocialista se presentaba al «judío» como una fuerza casi imparable que se apoderaba de la historia del mundo para sus propios designios y cuya destrucción requeriría los esfuerzos más intensos del pueblo alemán y sus aliados. En ambos casos, fue el miedo profundo a la pérdida lo que dio origen al salvaje régimen de discriminación. Hitler se persuadió a sí mismo, y persuadió a millones de sus compatriotas adoptivos, de que los numerosos enemigos de Alemania se proponían acabar con la cultura alemana y debilitar al pueblo alemán. Las secuelas de la primera guerra mundial y la catástrofe de la inflación y la depresión económica de los años veinte daban una aparente validación histórica a la pretensión de que Alemania se encontraba al borde del caos. En la Unión Soviética los temores de que la Revolución siguiera los pasos de las revueltas que en 1919 habían fracasado en el resto de Europa, de que la contrarrevolución fuera una realidad siempre presente, y a punto de explotar la primera señal de vacilación y transigencia, alimentaba la paranoia sobre la supervivencia de la Revolución no sólo en Stalin, sino en todo el Partido. En ambos casos la pérdida se interpretaba como absoluta. Los nacionalsocialistas presentaban la muerte de la raza como el fin de todo para Alemania; en la Unión Soviética se consideraba que el triunfo de la contrarrevolución era un desastre que confirmaría el poder maligno e inexorable de la burguesía incluso ante su derrumbamiento histórico. Estas perspectivas poco halagüeñas hacían que ambos sistemas promovieran un exagerado estado de defensa contra el supuesto enemigo interno y la amenaza de disolución que representaba, lo cual explica por qué el aparato de seguridad del Estado actuaba con tanto rigor y severidad para desenmascararle y destruirle.

El miedo al enemigo oculto contribuye a explicar una de las características principales de las dos dictaduras. Animaban a ambas profundos odios y resentimientos. Los dos dictadores daban ejemplo al expresar su política empleando términos que no dejaban ninguna duda en la mente del público de que los enemigos del régimen eran indiscutiblemente odiosos. El odio de Hitler y Stalin nació de su propia experiencia histórica. Hitler aprendió a odiar a los enemigos de la nación durante la primera guerra mundial, no sólo al enemigo externo, sino también, lo que es más importante, al enemigo de dentro, el cual, a su modo de ver, debilitaba la voluntad nacional de ganar la guerra. A Hermann Rauschning, al escribir sobre el Hitler, al que conoció en los primeros años treinta, le dio la impresión de que «el odio es como el

vino para él». <sup>14</sup> *Mi lucha* contiene una afirmación tras otra sobre instituciones, clases e ideas que inspiraban en el autor un hondo resentimiento histórico. Odiar era contagioso en la Alemania de Weimar. Teñía los escritos nacionalistas de los años veinte. Oswald Spengler observó, al finalizar la primera guerra mundial, «un odio indescriptible» forjado en la derrota. <sup>15</sup> En sus declaraciones públicas los líderes soviéticos instaban a odiar al enemigo y argüían que el odio era una virtud revolucionaria. Andréi Vishinski, el principal jurista soviético de los años treinta, aceptaba que «un odio implacable contra los enemigos» era «uno de los principios más importantes de la ética comunista». <sup>16</sup> Stalin, al igual que Hitler, mostraba sus resentimientos en público con regularidad. Eran fruto de sus experiencias en el submundo revolucionario, que explotaba la hostilidad intensa contra los poderes del Estado zarista y un resentimiento no menos intenso contra las otras facciones revolucionarias que no aceptaban la justicia de la causa bolchevique o no superaban la prueba de la lucha revolucionaria sin concesiones. <sup>17</sup>

La combinación de certeza histórica y moral y odio implacable al enemigo produjo una dicotomía institucionalizada entre amigo y enemigo que se expresaba explícitamente en el pensamiento político del jurista alemán Carl Schmitt, que opinaba que la política moderna era definida de forma inevitable por la división entre los que estaban incluidos en determinada comunidad política y los que eran excluidos de ella. Su idea de «amigo o enemigo» (*Freund oder Feind*) reflejaba una realidad generalizada en la política europea de los años veinte y no era meramente una invención académica. La división sugería una distinción absoluta que no dejaba espacio para millones de ciudadanos alemanes o soviéticos que, suponiendo que pensarán en ello, se encontraban entre los dos extremos. Muy al principio de su carrera Stalin comentó que cualquiera que «no someta su “yo” a nuestra sagrada causa» era un enemigo. <sup>18</sup> El nacionalsocialismo lo veía todo en blanco y negro. Gregor Strasser dijo en una concentración del Partido en 1929 que había «dos categorías en Alemania». En un lado, «los que creen en un futuro alemán, los alemanes»; en el otro, «los que, por la razón que sea, están en contra, los no alemanes». <sup>19</sup> En 1934, Gerhard Neesse escribió que cualquier alemán que leyera *Mi lucha* podía dar «sólo un sí o un no», nada intermedio. <sup>20</sup> La retórica soviética tampoco dejaba espacio para los indecisos. El mundo estaba dividido de acuerdo con criterios maniqueos, lo bueno y lo malo, lo socialmente aceptable y lo socialmente corrupto, división que expresaban las palabras «socialmente peligroso» que se usaban para calificar a todos los

que tenían alguna relación genética con las antiguas clases dominantes. <sup>21</sup> La división entre los incluidos y los excluidos era compleja, pero todos los ciudadanos soviéticos, al igual que todos los alemanes, tenían que pertenecer a una u otra de estas categorías. Esto explica los extremos extraordinarios a los que llegaba el régimen nacionalsocialista al tratar de definir con precisión el estatus de las personas que eran en parte judías. Explica también la política que se seguía en la Unión Soviética y que consistía en localizar a los hijos y las hijas de las personas «socialmente peligrosas» y negarles los derechos civiles plenos u oportunidades sociales debido a su contaminación genética o ambiental. <sup>22</sup>

El odio también explica, al menos en parte, la violencia omnipresente de las dos dictaduras y habita en las páginas de ésta y todas las demás crónicas de ellas. El asesinato y el suicidio eran habituales; otras formas de exclusión violenta, la deportación y el internamiento en un campo se aplicaron a millones de personas. La violencia estaba demasiado extendida y era demasiado continua para que pueda explicarla el simple hecho de que se trataba de regímenes autoritarios, represivos. La violencia era consustancial en la cosmovisión de los dos dictadores y las dos dictaduras; era esencial para el sistema, no un mero instrumento de control, y se ejercía en todos los niveles de la sociedad. Cabe argüir que la aceptación de la violencia como algo ineludible —incluso, en ciertas circunstancias, bienvenido— tenía su origen en el trauma de la primera guerra mundial y las guerras civiles que provocó. Hitler y los otros ex combatientes que en gran número militaban en el Partido pasaron varios años expuestos a una forma de muerte que era angustiada, directa y sangrienta. Algunos, aunque no todos, llevaban consigo, al volver la paz, una fácil tolerancia de la brutalidad física y una obsesión morbosa por la virtud de la violencia (y la muerte violenta) que más tarde impregnaría toda la cultura del Tercer Reich. El himno que se escribió para «Juventud olímpica» en 1936 no celebraba la dicha del deporte, sino la atracción del final heroico: «La principal ganancia de la Patria / la mayor exigencia de la Patria / en la necesidad: la muerte mediante el sacrificio». <sup>23</sup>

La guerra civil en la Unión Soviética ensangrentó a los líderes bolcheviques. La violencia fue general y bárbara en ambos bandos, embotó las sensibilidades morales y forjó la creencia de que la defensa violenta de la Revolución era a la vez justa e históricamente necesaria. <sup>24</sup> Sin embargo, en el caso soviético el lenguaje de la violencia política era muy anterior a la guerra. Era fundamental en la concepción bolchevique de la lucha revolucionaria, que por definición sería destruc-



tiva y sangrienta. En 1905, Lenin veía la tarea de las masas revolucionarias en términos de «destrucción implacable del enemigo», tema al que volvería una y otra vez durante la Revolución y la guerra civil y que encontró eco en el lenguaje de sus colegas revolucionarios.<sup>25</sup> Stalin describiría en *Fundamentos del leninismo* cómo «la ley de la revolución proletaria violenta, la ley de la destrucción de la máquina del Estado burgués es una ley inevitable del movimiento revolucionario».<sup>26</sup> Tanto Stalin como Hitler veían la guerra como consecuencia insoslayable de su misión política. Los conflictos revolucionarios hacían necesaria la eliminación o restricción física de las fuerzas definidas como contrarrevolucionarias; el conflicto racial era la naturaleza aplicada a las poblaciones humanas y la violencia era en él instintiva y despiadada: las expectativas políticas y de reconstrucción social de los dictadores eran antihumanistas de forma deliberada, casi jubilosa. Ninguno de los dos hombres se consideraba a sí mismo un asesino, aunque estaban al frente de regímenes en los que se asesinaba. En vez de ello, se consideraba que la violencia era redentora y salvaría a la sociedad de enemigos imaginarios cuya violencia asesina se consideraba una segunda naturaleza. Las consecuencias a largo plazo fueron desastrosamente destructivas y superaron lo que los dos dictadores hubieran podido imaginar. Las dos dictaduras no sólo aplastaron vidas en sus prisiones y campos, sino que entre las dos también destruyeron totalmente comunidades antiguas, exterminaron a millones de personas, deportaron a millones de personas de sus patrias, extirparon las creencias religiosas, destruyeron iglesias, dejaron ciudades convertidas en ruinas prematuras y erradicaron parte de la cultura más rica de Europa. Por razones diferentes los dos sistemas causaron directa o indirectamente la muerte premeditada de otros millones de personas a causa del hambre, el abandono, las enfermedades o el asesinato de Estado; el ataque alemán contra la Unión Soviética causó la muerte de once millones de soldados, en su mayoría soviéticos. La mera reiteración de estas estadísticas inimaginables distingue a las dos dictaduras de cualquier otra de la era moderna. El coste humano de construir la utopía y luchar para preservarla parece inexplicablemente desproporcionado en comparación con lo que se ganó o perdió. Fue consecuencia de la terrible lógica de sistemas marcados por una lucha desenfrenada por la existencia que pedía violencia sin límites hasta que esa existencia, estuviera asegurada y eliminaba todas las limitaciones morales que habrían podido frenar a quienes la perpetraban.

La funesta espiral descendente desde la exclusión social hasta la violencia perpetua, pasando por el odio, es difícil de conciliar con las

aspiraciones utópicas de los dos sistemas. Los dos elementos estaban unidos por el concepto común de la lucha. La utopía que se prometió en los años treinta a ambos pueblos estaba siempre en vías de «realizarse», era una ideal lejano que se percibía vagamente a través de la realidad cotidiana de lucha contra lo que los sistemas consideraban los grilletes del antiguo orden y los valores sociales y la perspectiva moral que los habían sostenido. Stalin expresó esta paradoja en un discurso de 1934 en el cual explicó que el poder que a la sazón tenía el Estado era una fase transicional necesaria para llegar a un sistema más libre: «La más alta potenciación del poder del Estado con el objeto de preparar las condiciones para la desaparición del poder del Estado...». Stalin añadió que quien no entendiese el carácter contradictorio del proceso histórico «está muerto en lo que se refiere al marxismo».<sup>27</sup> El sentido del futuro que tenía Hitler también dependía de seguir luchando antes de poder garantizar la base para un Estado racial estable.<sup>28</sup> Los dos Estados utópicos llevaban una existencia metafórica y justificaban la política del momento en la persecución de una meta lejana, y persuadían a sus respectivos pueblos de que valía la pena luchar por el ideal aplazado.

El carácter metafórico de las dos dictaduras era un rasgo que siempre ha resultado difícil de comprender. El abismo entre lo que era real y lo que se pretendía que lo fuese es ahora tan evidente que parece increíble que los dos regímenes lograran sostener la ilusión o que sus respectivos pueblos le dieran crédito. Sin embargo, la naturaleza esquizofrénica de las dos dictaduras definía los términos de su funcionamiento. Tanto los gobernantes como los gobernados tomaban parte en actos colectivos de tergiversación de tal manera que la verdad se convertía en falsedad y las falsedades pasaban por verdades. «La gente se ha vuelto astuta», escribió un desilusionado empresario alemán en septiembre de 1939, «y sabe fingir. En menuda comunidad de embusteros nos hemos convertido.»<sup>29</sup>

Las metáforas de la dictadura eran muchas. Los líderes se presentaban como símbolos míticos del régimen y los aspectos prosaicos de su personalidad se ocultaban. Los cultos transformaron ambas figuras en versiones irreales de ellas mismas, que luego hacía suyas el resto del sistema, como si las virtudes que se les atribuían fueran en algún sentido reales. Las sociedades se presentaban como parodias de la realidad social. Justo en el momento en que Stalin afirmó que «la vida se ha vuelto más alegre» el régimen se embarcaba en dos años de terror excepcional y los niveles de vida alcanzaban su punto más bajo en toda la dictadura. Las numerosas imágenes de sonrientes trabajadores



de granjas colectivas y cosechas abundantes se difundían en el mismo momento en que miles de campesinos estaban en campos de trabajo y millones morían a causa de la peor hambruna del siglo. El Tercer Reich construyó la sociedad ideal sobre los cimientos de la intimidación y la discriminación raciales, que llevaron a la esterilización forzosa de 300.000 personas al tiempo que se hablaba de añadir a la lista otros 1,6 millones con defectos biológicos. En ambos sistemas la democracia se presentaba como algo distinto del ejercicio de la elección política libre y abierta. Los enemigos de los dos sistemas se definían de forma que pareciesen una amenaza espantosa, cuando en la mayoría de los casos no representaban ninguna amenaza en absoluto. En la Unión Soviética los prisioneros políticos eran obligados a confesarse culpables de los delitos más absurdos y luego se usaban las confesiones para magnificar la naturaleza fantástica de la contrarrevolución. Las confesiones se arrancaban a golpes y luego, en algunos casos, los prisioneros no estaban seguros de si habían cometido o no los delitos de los que se les acusaba. Ante los tribunales hablaban como si las numerosas falsedades fueran históricamente ciertas; los pocos que intentaban retractarse eran obligados a callar, a gritos, por los fiscales o los jueces, que los tildaban de embusteros. Al parecer, los líderes soviéticos se creían realmente las acusaciones. Molotov, que firmó muchas de las listas de los que fueron ejecutados en 1937, aún pudo hacer la siguiente afirmación al ser entrevistado más de treinta años después: «Se demostró ante el tribunal que los derechistas hicieron envenenar a Gorki. Yagoda, el ex jefe de la policía secreta, estuvo involucrado en el envenenamiento de su propio predecesor».<sup>30</sup> Millones de ciudadanos corrientes alemanes y soviéticos hicieron contorsiones psicológicas parecidas y dejaron a un lado su incredulidad, con el fin de que las metáforas utópicas del régimen se sostuvieran.

El éxito de ambas dictaduras en el intento de crear y promover ilusiones sobre su verdadera naturaleza se encuentra en el centro de su afirmación general por parte del público. Todos los sistemas políticos recurren a los subterfugios hasta cierto punto, pero los regímenes de Stalin y Hitler lo hacían sistemáticamente de maneras que no permitían que el menor rayo de luz atravesara las cortinas que los envolvían por completo. Ambos se hallaban sometidos a un grado excepcional de aislamiento internacional, control de la información y autarquía cultural. No se permitía ni una sola alusión hostil a ninguno de los dos regímenes, aunque se hacían muchas cuando era posible correr el riesgo; la información sobre el mundo exterior o sobre las condiciones verdaderas de la dictadura era imposible de obtener excepto en el mer-

cado negro político, donde existía el peligro de acabar en un campo de concentración o ser condenado a muerte; gran parte del proceso de formulación de la política se mantenía en secreto total y su divulgación se castigaba severamente. Debido al aislamiento, al acceso limitado a información que el Estado seleccionaba previamente, y a las campañas exageradas de propaganda y educación del Partido, gran parte del público tenía dificultades para conocer la verdad y se mostraba predispuesto a aceptar la línea oficial en su totalidad o partes importantes de ella. El lenguaje público de las dos dictaduras reforzaba la ausencia de críticas y la estrechez de miras. «En la URSS», escribió el novelista francés André Gide después de una desilusionante visita en 1936, «todo el mundo sabe de antemano que sobre todos los temas sólo puede haber una opinión. Cada vez que hablas con un ruso tienes la sensación de estar hablando con todos.» Gide observó que la crítica venía a ser solamente preguntar «si esto, eso o aquello está “en la línea correcta”. La línea misma nunca se discutía».<sup>31</sup> Este conformismo entraba sigilosamente, tan «fácil, natural e imperceptible que pienso que la hipocresía no tiene nada que ver en ello».<sup>32</sup> El filólogo alemán Viktor Klemperer observó el mismo proceso en Alemania. «El nazismo», escribió en sus cuadernos de los años treinta, «entra en la carne y la sangre mismas de la gente por medio de palabras sueltas, giros y formas lingüísticas.» Klemperer creía que la incesante repetición del nuevo lenguaje se absorbía «mecánica e inconscientemente».<sup>33</sup> El trato diario con sus compatriotas le persuadió de que «las masas se lo creen todo» y se lo creían de buen grado. «Lo principal para las tiranías de cualquier clase», reflexionó el día del plebiscito para la unión con Austria, el 10 de abril de 1938, «es la supresión de las ganas de hacer preguntas.»<sup>34</sup>

El poderoso atractivo de los dos sistemas dependía de la medida en que el pueblo pudiera identificarse con el mensaje fundamental. En cada uno de los dos casos había circunstancias históricas que facilitaron la disposición a aceptar versiones falsas de la verdad. Las promesas que hacían las dictaduras eran seductoramente atractivas, porque reflejaban aspiraciones que ya compartía una fracción importante del pueblo y que se comunicaban fácilmente al resto. En la Unión Soviética la promesa de un paraíso revolucionario que se alcanzaría por medio de la lucha redentora era fundamental para la causa bolchevique y se utilizó para justificar todos los sacrificios del presente. Para los incondicionales del Partido era esencial creer en ella; para millones de personas corrientes que se esforzaban por adaptarse al mundo posrevolucionario la lejana utopía proporcionaba una meta

subliminal frente a sufrimientos por lo demás inexplicables. «Está muy bien construir para el futuro», explicó un joven funcionario de una fábrica a un periodista estadounidense. «Y estamos haciendo grandes cosas... estamos construyendo una sociedad que con el tiempo hará que la civilización de Europa occidental y de Estados Unidos parezca la barbarie». No obstante, añadió, «me gustaría tener un poco de ocio y belleza ahora.»<sup>35</sup> No todos los ciudadanos soviéticos acababan de comprender la naturaleza de lo que se prometía, o aceptaba su necesidad o su coste humano, pero el marco dentro del cual la dictadura hacía su trabajo era una poderosa creencia popular, incrustada en la vida cotidiana, de que el futuro produciría una notable cosecha.

En Alemania el anhelo de revocar el veredicto de la primera guerra mundial, de borrar la culpa de la guerra, de resucitar un Estado poderoso y respetado, de frenar la amenaza del comunismo, de reafirmar los valores y la cultura distintivos de Alemania era tremendamente atractivo no sólo para los activistas de la revolución nacionalista, sino también para muchos ciudadanos que eran hostiles o indiferentes al Partido Nacional-socialista. El trauma psicológico colectivo de derrota y vergüenza cambió súbita y radicalmente en 1933; cuanto más evidente era que Hitler, al parecer, podría cumplir las promesas de resurrección política de Alemania, de renovación moral y de despertar cultural, más fácilmente se identificaba el pueblo con la dictadura y la nueva era alemana. La necesidad de creer en la posibilidad de redención reflejaba una desesperación colectiva cuya dimensión psicológica es imposible medir históricamente, pero que se hacía evidente en la disposición a aceptar como verdaderas las pretensiones del régimen y sumergirse en su lenguaje, sus valores y su comportamiento. Fue un proceso de sublimación que tuvo lugar en un periodo notablemente breve, una indicación de que la sanción popular no era sólo la respuesta al lenguaje y la propaganda del régimen, sino que nacía de las inseguridades y los resentimientos de quienes apoyaron a Hitler como el mesías alemán, incluso antes de 1933. En este caso, y en el soviético, las dictaduras redujeron la lealtad a fórmulas muy sencillas de creencia en un futuro mejor, en una identidad más segura y en el efecto transformador de las nuevas ideas políticas. El poder de esta atracción, incluso para aquéllos a los que no sedujo, era irresistible; a los que se resistían a él se les consideraba herejes que no comprendían la nueva fe.

Esto no quiere decir que todos los alemanes se hicieran nacional-socialistas o que todos los ciudadanos soviéticos se afiliaran al Partido Comunista. El apoyo a los mitos fundamentales de la dictadura era,

para la mayoría de los ciudadanos corrientes, un proceso indirecto, y en muchos casos no era algo en lo que siquiera se pensase claramente. En los dos sistemas había mucha gente que no tenía ningún motivo especial para no creer en la realidad que se le presentaba. La capacidad del historiador de rechazar las tergiversaciones o las mentiras de los discursos y la propaganda impresa de las dictaduras es una reacción privilegiada que minimiza la medida en que estos documentos se utilizaban en aquel tiempo, como si los sentimientos que se expresaban en ellos fueran válidos.<sup>36</sup> La tendencia a ver a la población sometida a la dictadura en un estado perpetuo de participación crítica—entusiasta, repelida o resistente—exagera el grado de conciencia política popular y atribuye un grado de conocimiento de los procesos más amplios del Estado de los que a menudo ni siquiera los funcionarios del Partido estaban al corriente. La gran mayoría de los ciudadanos soviéticos y alemanes no estaba excluida de la nueva sociedad. Permanecían relativamente alejados del proceso político central; su visión de la realidad política era limitada, mal informada e irreflexiva; el terror no les afectaba, a menos que fueran definidos como el enemigo; la vida cotidiana transcurría bajo la sombra de la política, pero no estaba necesariamente unida a ella. El partido local señalaba la línea oficial, vigilaba el incumplimiento y fomentaba el entusiasmo por la causa. Las metáforas del régimen eran aspiraciones lejanas, los líderes mismos quedaban reducidos a imágenes iconográficas que se veían brevemente en los noticieros cinematográficos o en los artículos de la prensa, pero que estaban físicamente muy lejos del grueso de la población. Hitler y Stalin eran idealizados como fenómenos capaces de proporcionar la promesa fundamental de la utopía por medio de la lucha. Estas ambiciones políticas eran tomadas e interiorizadas como marco de la vida corriente. Seema Allan, una estadounidense que vivió en la Unión Soviética en los años treinta, tomó nota de muchas conversaciones con rusos corrientes que reflejaban la facilidad con que los mitos del régimen se usaban en el discurso cotidiano. «Si no hubiéramos edificado nuestras industrias, nos habría aplastado alguna potencia extranjera hace ya mucho tiempo»; «¡se lo aseguro, Rusia se está desarrollando como nunca pudo hacerlo en los viejos tiempos! La vida es un poco dura ahora, pero va mejorando rápidamente»; una canción tradicional tártara «habla de todo lo que es nuevo y bueno en nuestro mundo y de cómo estamos cambiando el viejo».<sup>37</sup>

Los gobernantes y los gobernados en Alemania y la Unión Soviética actuaron en colusión para crear sociedades que se esforzaban colectivamente por alcanzar la nueva era prometida. Era una relación

mutua en la cual Hitler y Stalin se presentaban como representantes de los intereses históricos más amplios y las aspiraciones sociales del pueblo al que gobernaban, y eran aceptados como tales por fracciones importantes de la población. Por diferentes que sean sus orígenes, todas las dictaduras holísticas —y ha habido muchas más desde 1945— dependen de crear complicidad, del mismo modo que funcionan aislando y destruyendo a una minoría elegida cuya persecución confirma el deseo racional del resto de ser incluido y protegido. Las dictaduras de Stalin y Hitler eran dictaduras populistas, nutridas por la aclamación y la participación de las masas y por la fascinación que ejercía el poder sin restricciones. Las numerosas crónicas de personas que vivieron durante las dos dictaduras dejan claro que esa fascinación existía, tomaba la forma de un lazo emocional, sucesivamente estimulante, inquietante, incluso repelente, que duró sólo mientras existió el objeto de esa fascinación (aunque sus ecos perduran en un deseo popular aparentemente insaciable de conocer su historia). Las dictaduras no pueden interpretarse sólo como sistemas de opresión política, dado que tantos de los que participaron en ellas las veían de buen grado como instrumentos de emancipación o de seguridad o de identidad realizada o de beneficio personal. El salvajismo de la guerra bárbaramente destructiva que hubo entre los dos pueblos de 1941 a 1945 nació de las profundidades del apoyo social e identificación psicológica con las dos dictaduras que la hicieron, y del odio, la indiferencia y el miedo al enemigo que fueron inculcados por la propaganda incesante dirigida contra el «otro». Esta guerra no la habrían podido hacer los Estados democráticos.

La relación entre el dictador y el pueblo era compleja, diversa, ambivalente, incluso contradictoria a veces. Era una relación gobernada en los dos casos por circunstancias diferentes, entornos diferentes y aspiraciones muy diferentes. Sin embargo, la crisis europea que dio origen a ambas y la herencia intelectual y cultural en la que se inspiraron crearon dos sistemas sostenidos por estrategias políticas y sociales notablemente parecidas y por pautas comunes de autoridad, participación y respuesta popular. En este sentido, la sensación de inquietud que experimentó Valentin Berezhev al llegar a Berlín, procedente de Moscú, y ver «cuánto hay en común» no era injustificada.<sup>38</sup>

- Yedlin, T., *Maxim Gorky: a Political Biography*, Westport, Conn. 1999.
- Yekelchik, S., «The Making of a "Proletarian Capital": Patterns of Stalinist Social Policy in Kiev in the mid-1930s», *Europe-Asia Studies* 50 (1998), págs. 1229-1244.
- Young, G., *Power and the Sacred in Revolutionary Russia: Religious Activists in the Village*, University Park, Pa., 1997.
- Young, J.W., *Totalitarian Language: Orwell's Newspeak and its Nazi and Communist Antecedents*, Charlottesville, Va., 1991.
- Zaleski, E., *Planning for Economic Growth in the Soviet Union 1918-1932*, Chapel Hill, NC, 1962.
- , *Stalinist Planning for Economic Growth 1933-1952*, Londres, 1980.
- Zarubinsky, O., «Collaboration of the Population in Occupied Ukrainian Territory: Some Aspects of the Overall Picture», *Journal of Slavic Military Studies* 10 (1997), págs. 138-152.
- Zayas, A.M. de, *The Wehrmacht War Crimes Bureau, 1939-1945*, Lincoln, Nebr., 1989.
- Zehnpfennig, B., *Hitler's Mein Kampf: eine Interpretation*, Múnich, 2000.
- Zeidler, M., *Reichswehr und Rote Armee 1920-1933*, Múnich, 1993.
- Zelenin, I., «The Implementation of Politics of the Elimination of the Kulaks as a Class (Autumn 1930-1932)», *Istoriia SSSR* 6 (1990), págs. 172-191.
- Zeman, Z., *Nazi Propaganda*, Oxford 1973.
- Zetterling, N., «Loss Ratios on the Eastern Front during World War II», *Journal of Slavic Military Studies* 9 (1996), págs. 895-906.
- Zhukrai, V., *Stalin: Pravda i loch'*, Moscú, 1996.
- Ziegler, H.F., *Nazi Germany's New Aristocracy: the SS Leadership, 1925-1939*, Princeton, NJ, 1989.
- Ziemann, B., «Germany after the First World War – A Violent Society?», *Journal of Modern European History* 1 (2003), págs. 80-95.
- Zitelmann, R., *Hitler: the Politics of Seduction*, Londres, 1999.
- Zuckermann, F.S., *The Tsarist Secret Police in Russian Society, 1880-1917*, Londres, 1996.

#### Introducción. Dictaduras comparadas

1. H. Kohn, *The Twentieth Century: a Midway Account of the Western World*, Londres, 1950, pág. 65.
2. T. Todorov, *Hope and Memory: Reflections on the Twentieth Century*, Londres, 2003, págs. 75-77.
3. Todorov, *Hope and Memory*, pag. 82.
4. A. Besançon, «Nazisme et communisme, également criminels», *L'est européen* 35 (1997), págs. 3-6. Véanse también W. Dlugoborski, «Das Problem des Vergleichs von Nationalsozialismus und Stalinismus», en D. Dahlmann y G. Hirschfeld, eds., *Lager, Zwangsarbeit, Vertreibung und Deportation*, Essen, 1999, págs. 19-28; E. Jahn, «Zum Problem der Vergleichbarkeit von Massenverfolgung und Massenvernichtung» en *ibid.*, págs. 29-51.
5. S. Courtois, N. Werth y otros, *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression*, Cambridge, Mass., 1999.
6. D. Rayfield, *Stalin and his Hangmen*, Londres, 2004. Sobre Hitler, R.G. Waite, *The Psychopathic God: Adolf Hitler*, Nueva York, 1978; E.H. Schwaab, *Hitler's Mind: A Plunge into Madness*, Nueva York, 1992; F. Redlich, *Hitler: Diagnosis of a Destructive Prophet*, Oxford, 1999, esp. cap. 9.
7. A. Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, Londres, 1991.
8. Sobre Hitler existe la biografía clásica en dos volúmenes de I. Kershaw, *Hitler: Hubris 1889-1936*, Londres, 1998, y *Hitler: Nemesis 1936-1945*, Londres, 2000. Sobre Stalin, D. Volkogonov, *Stalin: Triumph and Tragedy*, Londres, 1991; S. Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Londres, 2003.
9. Sobre Alemania, véase M. Burleigh, *The Third Reich: a New History*, Londres, 2000; sobre la Unión Soviética, R. Service, *A History of Twentieth-Century Russia*, Londres, 1997.
10. R.H. McNeal, *Stalin: Man and Ruler*, Londres, 1988, pág. 237.
11. F. Genoud, ed., *The Testament of Adolf Hitler*, Londres, 1960, pág. 100, anotación de 26 de febrero de 1945.
12. H. Heiber y D.M. Glantz, eds., *Hitler and His Generals: Military Conferences 1942-1945*, Londres, 2003, pág. 388, encuentro del Führer con el general Reinecke, 7 de enero de 1944.
13. Sobre Stalin, véase E. Van Ree, *The Political Thought of Joseph Stalin*, Londres, 2002. Sobre Hitler, R. Zitelmann, *Hitler: The Politics of Seduction*,

72. A. Solzhenitsin, *One Day in the Life of Ivan Denisovich*, Londres, 1963, pág. 143.
73. Sofsky, *Order of Terror*, pág. 118; Nohan, *Birkenau: Camp of Death*, pág. 39.
74. Pinger, *Häftlinge unter SS-Herrschaft*, págs. 114-116.
75. Parvilahti, *Beria's Gardens*, págs. 109 y 125.
76. Véase, por ejemplo, K. Dunin-Wasowicz, *Resistance in the Concentration Camps*, Varsovia, 1982.
77. Morrison, *Ravensbrück*, págs. 130-133.
78. Pohl, *Stalinist Penal System*, pág. 31.
79. Morrison, *Ravensbrück*, pág. 365; J. Bardach y K. Gleeson, *Man is Wolf to Man: Surviving the Gulag*, Berkeley, Calif., 1998, págs. 191-193.
80. Steinberg, *Speak You Also*, pág. 72.
81. Bardach y Gleeson, *Man is Wolf to Man*, págs. 227-228.
82. Por ejemplo, Parvilahti, *Beria's Gardens*, págs. 118 y 125; véase también Pingel, *Häftlinge unter SS-Herrschaft*, pág. 135.
83. Dallin y Nicolaevsky, *Forced Labor*, pág. 6.
84. Bardach y Gleeson, *Man is Wolf to Man*, págs. 247-249.
85. Y. Shymko, ed., *For This Was I Born*, Toronto, 1973, pág. 41; D. Panin, *The Notebooks of Sologdin*, Nueva York, 1976.
86. Steinberg, *Speak You Also*, pág. 77.
87. Morrison, *Ravensbrück*, págs. 289-291.
88. Parvilahti, *Beria's Gardens*, págs. 99-100; Bardach y Gleeson, *Man is Wolf to Man*, pág. 236.
89. Pohl, *Stalinist Penal System*, págs. 14-16; B. Perz, *Projekt Quarz: Steyr-Daimler-Puch und das Konzentrationslager Melk*, Viena, 1991, pág. 300; Parvilahti, *Beria's Gardens*, págs. 132-133.
90. Steinberg, *Speak You Also*, pág. 22.
91. Barton, *L'institution concentrationnaire*, págs. 78-79; Bardach y Gleeson, *Man is Wolf to Man*, pág. 213.
92. L. Crome, *Unbroken: Resistance and Survival in the Concentration Camps*, Londres, 1988, págs. 54, 56 y 57; véase también Kaienberg, «*Vernichtung durch Arbeit*», pág. 56.
93. Werth y Moullec, *Rapports secrets*, págs. 377-382: informe de N. Ezhov, marzo de 1938, «sobre el estado de varios campos de trabajo»; informe del departamento operacional del Gulag, 17 de mayo de 1941, sobre el campo de Sredne-Belsk; informe del jefe del departamento operacional del Gulag, 23 de octubre de 1941, sobre el aumento de la mortalidad en Aktiubinsk.
94. Crome, *Unbroken: Resistance and Survival*, pág. 62.
95. U. Herbert, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989*, Bonn, 1996, pág. 151; Tuchel, «Dimensionen des Terrors», pág. 381.
96. Sofsky, *Order of Terror*, pág. 16.
97. I. Müller, *Hitler's Justice: the Courts of the Third Reich*, Londres, 1991, pág. 56.
98. M. Kárný, «Das SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt», en Hamburger Stiftung zur Förderung von Wissenschaft und Kultur, ed., «*Deutsche Wirtschaft: Zwangsarbeit von KZ-Häftlingen für Industrie und Behörden*, Hamburgo,

1991, págs. 160-164; F. Piper, «Industrieunternehmen als Initiatoren des Einsatzes von KZ-Häftlingen», en Hamburger Stiftung, «*Deutsche Wirtschaft*», págs. 97-103. De 500.000 trabajadores, entre 230.000 y 250.000 estaban empleados en empresas del sector privado.

99. Herbert, *Best*, págs. 169-170.
100. Barton, *L'institution concentrationnaire*, pág. 56; Shapovalov, *Remembering the Darkness*, pág. 207.
101. P. Levi, *The Drowned and the Saved*, Londres, 1988, pág. 100.

#### Conclusión: Dos dictaduras

1. P. Sorokin, *The Sociology of Revolution*, Nueva York, 1967, págs. 185-186.
2. V.M. Berezkhov, *At Stalin's Side*, Nueva York, 1994, págs. 7 y 72.
3. Berezkhov, *At Stalin's Side*, pág. 7.
4. Véase, por ejemplo, L. Dupeux, *Strategie communiste et dynamique conservatrice: essai sur les différents sens de l'expression «National-Bolchevisme»*, París, 1976.
5. T. Todorov, *Hope and Memory: Reflections on the Twentieth Century*, Londres, 2003, págs. 25 y sigs.
6. E.H. Vieler, *The Ideological Roots of German National Socialism*, Nueva York, 1999, pág. 125; véase también D. Gasman, *The Scientific Origins of National Socialism*, Londres, 1971, págs. 147-165.
7. «The International Character of the October Revolution», en I. Stalin, *Problems of Leninism*, Moscú, 1947, págs. 198-203.
8. A. Ulam, *Expansion and Co-Existence: a History of Soviet Foreign Policy 1917-1967*, Londres, 1968, pág. 78.
9. H. Mehringer, *Die NSDAP als politische Ausleseorganisation*, Múnich, 1938, pág. 5.
10. W. Treue, «Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte* 3 (1955), pág. 201.
11. «Der Schlussrede des Führers auf dem Parteikongress 1934», en G. Neesse, *Die Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, Stuttgart, 1935, pág. 195.
12. Treue, «Denkschrift», pág. 202.
13. Para detalles sobre las oficinas judías de la Gestapo, véase H. Berschel, *Bürokratie und Terror: Das Judenreferat der Gestapo Düsseldorf 1935-1945*, Essen, 2001.
14. H. Rauschning, *Hitler Speaks*, Londres, 1939, pág. 257.
15. P. Reidel, «Aspekte ästhetischer Politik im NS-Staat», en U. Hermann y U. Nassen, eds., *Formative Ästhetik im Nationalsozialismus. Intentionen, Medien und Praxisformen totalitärer ästhetischer Herrschaft und Beherrschung*, Weinheim, 1994, pág. 14.
16. G.C. Guins, *Soviet Law and Soviet Society*, La Haya, 1954, pág. 30. Un manual para maestros de 1940 decía que había que enseñar a los niños «a odiar a los enemigos de su país». Véase D. Brandenberger, *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity 1931-1956*, Cambridge, Mass., 2002 pág. 65.

17. Véase, en general, I. Stalin, *On the Opposition*, ed. Peking, 1974, discursos y artículos de los años veinte sobre problemas relativos a la unidad del Partido y discrepancias en el mismo.

18. E. Van Ree, «Stalin's Organic Theory of the Party», *Russian Review* 52 (1993), pág. 52.

19. P. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Londres, 1983, pág. 75.

20. Neesse, *Nationalsozialistische Partei*, pág. 10.

21. Véase, por ejemplo, el análisis en I. Gutkin, «The Magic of Words: Symbolism Futurism, Socialist Realism», en B.G. Rosenthal, *The Occult in Russian and Soviet Culture*, Ithaca, NY, 1997, págs. 241-244.

22. G. Alexopoulos, *Stalin's Outcasts: Aliens, Citizens, and the Soviet State 1926-1936*, Ithaca, NY, 2002, esp. cap. 2.

23. T. Alkemeyer y A. Richantz, «Inszenierte Körperträume: Reartikulation von Herrschaft und Selbstbeherrschung in Körperbildung des Faschismus», en Hermann y Nassen, *Formative Ästhetik*, págs. 82-83.

24. Véase, por ejemplo, S. Plaggenborg, «Gewalt und Militanz im Sowjet-russland 1919-1930», *Jahrbücher für die Geschichte Osteuropas* 44 (1996), págs. 409-430.

25. M. Pabst, *Staatsterrorismus: Theorie und Praxis kommunistischer Herrschaft*, Graz, 1997, pág. 15.

26. Stalin, *Works*, vol. 6, pág. 121.

27. G.A. Wetter, *Dialectical Materialism: a Historical and Systematic Survey of Philosophy in the Soviet Union*, Nueva York, 1958, págs. 221-222.

28. F. Kroll, *Utopie als Ideologie: Geschichtsdenken und politisches Handeln im Dritten Reich*, Paderborn, 1998, págs. 56-64 y 84-88.

29. *Uncensored Germany: Letters and News Sent Secretly from Germany to the German Freedom Party*, Londres, 1940, pág. 80, «Letter from a Tradesman», septiembre de 1939.

30. A. Resis, ed., *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics*, Chicago, 1993, pág. 264, entrevista de 12 de abril de 1973.

31. A. Gide, *Back from the USSR*, Londres, 1937, págs. 45 y 48.

32. Gide, *Back from the USSR*, pág. 45.

33. M. Heller, *Cogs in the Soviet Wheel: the Formation of Soviet Man*, Londres, 1988, pág. 287; véase también el examen del lenguaje en E. Naiman, «Introduction» en A. Platanov, *Happy Moscow*, Londres, 2001, págs. xxxi-xxxvii.

34. V. Klemperer, *I Shall Bear Witness: the Diaries of Viktor Klemperer 1933-41*, Londres, 1998, págs. 227 y 243.

35. S. Allen, *Comrades and Citizens*, Londres, 1938, págs. 244 y 301.

36. Esto se expresa claramente en I. Halfin, «Poetics in the Archives: the Quest for "True" Bolshevik Documents», *Jahrbücher für die Geschichte Osteuropas* 51 (2003), págs. 84-89. El lenguaje, según arguye Halfin, es él mismo «constitutivo».

37. Allen, *Comrades and Citizens*, págs. 229, 244 y 301.

38. Berezkhov, *At Stalin's Side*, pág. 117.

Abakumov, Viktor, 225

Abel, Theodore, 83

Ajmatova, Anna, 436

Aleksandrov, G.S., 357

Aleksandrov, Grigori, 440

Alemania, crisis social y política (después de 1929), 75, 80-84, 114; constitución, 95, 99-102, 108; elecciones y democracia, 95-98; se retira de la Sociedad de Naciones, 96; gestión de la crisis, 114-115; y el «Nuevo Orden», 114, 125; control de la planificación en, 115-116; elite gobernante, 116-117, 122-126; sistema y planificación económicos, 125-127, 210, 456, 458-459, 462-467, 471-474, 475-485, 486-488, 493-494, 497-498, 500-502, 517-518, 534-535, 567-569; instituciones conservadoras, 127; Pacto Germano-soviético (1939), 130, 167, 217, 406, 425, 505, 548-550, 552; búsqueda de liderazgo, 143-144; creación de nuevos días de celebración, 161; antisemitismo en, 194, 245-247, 255-256, 282, 308, 310, 336, 393, 433, 662-672, 724-725; cargos y Partido en, 200-205, 207, 209-211; medidas represivas para proteger la seguridad del Estado, 216, 224-232, 242-244, 248-254, 404-406, 536-537; teorías raciales y genéticas, 218, 244-247, 283-305, 306-311,

320-321, 651-653, 657-659, 725; Tribunal Popular (*Volksgerichtshof*), 227, 236, 354; registro de las víctimas de la represión, 232, 235-236; hostilidad al comunismo, 243, 246, 253, 255, 373, 520, 522; hostilidad a los indeseables sociales, 244-245, 254-255, 308-310, 319; esterilización obligatoria, 245, 286, 657-658, 730; revueltas obreras, 249; confidentes de la policía y denuncias del público, 250-253; sistema de campos de concentración, 253, 310, 466, 681-689, 693-697, 703-705, 706-707, 714-717; reconstrucción urbana y planes de reasentamiento, 265-268, 270; desarrollo de los territorios conquistados, 266-268; y el ideal de comunidad, 272-273, 277, 280-283, 307; desarrollo industrial y económico, 276-280; diferencias de clase en, 280-282; y «degenerados» biológicos, 286-287, 308-311, 657-658; y la Ley para la Prevención de Descendencia con Enfermedades Hereditarias (1933), 286; el matrimonio y la familia en, 287-288, 305-307; centros de exterminio con gas, 309-311; y reconstrucción social, 318-322; la religión y la Iglesia en, 335-346; el Derecho y la justicia en, 346-348, 350-351, 352-357; códi-